

La niña que no quería comer lentes

Un cuento del abuelo Mateo

- Érase una vez una niña de melena corta de color castaño. Cuando el flequillo lo permitía se podían ver sus ojos oscuros y su mirada viva. Se llamaba Emma.



- Le gustaba mucho bailar y también escuchar las historias fantásticas que su abuelo le contaba, como la de Pepito de los Palotes, la del elefantito de la nariz larga o la de Dr.agonzuelo. Tenía un perrito que se llamaba Buba.



Buba



Emma



Pepito de los palotes



Dragonzuelo

Muchas mañanas, los abuelos iban a despertarla para llevarla al cole. Mientras la abuela Lola le preparaba su leche con cereales y las tostadas con pimentón, el abuelo Mateo y su amiguito Pepito de los Palotes le hacían cosquillas en la espalda para que se levantara de la cama.



- Abuelo, Pepito, basta ya- decía la niña - que ya estoy despierta. No seáis pesados.

Pero Pepito seguía insistiendo porque le gustaba jugar con Emma .



- Quieto ya, Pepito- decía el abuelo, mientras intentaba calzar a la niña para ir a desayunar.
- Qué latoso es este Pepito, abuelo, que se quede en la cama que es muy pesado-insistía Emma. - No me va a dejar desayunar.



El abuelo dejaba bien arropadito en la cama de Emma a Pepito de los Palotes, mientras la nieta le rodeaba el cuello con sus brazos y se iban a la cocina donde esperaba la abuela con un rico plato de leche con cereales.



- Menos mal, abuelo, por fin nos hemos librado del pesado de Pepito. A ver si se duerme y no nos molesta- decía Emma mientras desayunaba.

El abuelo asentía, mientras la abuela sonreía observando la escena y los ojos vivarachos de su nieta.



En otros momentos, los abuelos recogían a Emma del cole y se iba con ellos a comer.

- ¿Qué hay para comer abuela?-preguntaba la niña.

A ella lo que más le gustaba era la pasta, el arroz, los huevos fritos con patatas y, sobre todo, el pollo frito. Ah, también la rica sopa del abuelo.



Pero no quería comer legumbres ni verduras. Las lentejas no le gustaban nada, nada, nada. Y hoy había lentejas.

- No me gustan, abuela- decía, haciendo muecas de reprobación con la cara.

- Emma, hay que comer lentejas- respondía la abuela- son muy nutritivas. Una niña debe comer de todo.

- Que no, abuela, que no me gustan- respondía Emma, poniendo cara enfadada.

- Pero, si no las has probado- le responde la abuela.- Para saber si te gusta un alimento debes probarlo antes. Si no lo pruebas nunca sabrás si te gusta o no.



- No, no y no- repetía. Y Emma seguía con la cara de enfado y los brazos cruzados delante del pecho.
- Vamos a ver- dijo la abuela con determinación- ni para ti ni para mí, solamente debes tomar una cucharada de lentejas por cada dedo de la mano.
- Entonces, ¿sólo cinco cucharadas?- respondió Emma ante la firmeza de su abuela, mientras se miraba los dedos de su mano.
- Claro-manifestó con dulzura la abuela, mientras levantaba los dedos de la mano izquierda.
- Vale- dijo Emma, más conforme, pero sin tenerlo muy claro.



Y la abuela Lola le dio la primera cucharada por el dedo pulgar, el gordito; otra, por el índice; una tercera por el dedo corazón, que es el más grande de la mano; y dos más por el anular y por el meñique, el dedo chiquitín.



- Cuando se bajaron todos los dedos, Emma se quedó pensativa, reflexionando.
- Abuela, ¿sabes que me gustan las lentejas? Están muy ricas.
- Lo ves- dijo su abuela- ahora tienes que darle una oportunidad al brócoli, a la zanahoria y al resto de las verduras.
- Bueno, abuela- dijo Emma- pero poquito a poco.
- De acuerdo- respondió la abuela, mirando a Emma con la ternura con la que las abuelas miran a sus nietas.



- A partir de ese día, Emma empezó a comer de todo, pero poquito a poco; porque si no pruebas un alimento nunca sabrás si te gustará o no.

